

Sociedad

El Papa expresa la tristeza de la Iglesia por el daño de los cristianos a los judíos

La visita a Yad Vashem marca un momento histórico para las dos comunidades

El Papa acudió, por deseo personal, a Yad Vashem, al Memorial por las víctimas judías del Holocausto nazi que cubre una amplia colina de Jerusalén, y expresó la

profunda tristeza de la Iglesia Católica por el daño que los cristianos han podido hacer a los judíos. Sin embargo, para decepción de los sectores ortodoxos del

Judaísmo, Juan Pablo II no condenó expresamente la actuación de la cúpula de la Iglesia durante la Segunda Guerra Mundial.

Angela Nuñez.

CORRESPONSAL EN JERUSALEN

Pese a a que no hubo una condena expresa, la imagen de Juan Pablo II ante la llama que recuerda a los asesinados por el nazismo y su reunión con los rabinos jefes de Israel, marcaban sin duda un momento histórico en las complicadas relaciones entre ambas comunidades religiosas. El Papa fue tan lejos como la diplomacia y las circunstancias le permitieron ir. «Yo aseguro al pueblo judío que la Iglesia Católica está profundamente entristecida por los odiosos actos de persecución y muestras de antisemitismo que los cristianos han dirigido hacia los judíos en cualquier lugar y momento», decía el Pontífice.

La importancia de sus palabras era subrayada por el entorno donde se pronunciaban: la Sala del Recuerdo, la impresionante cámara construida sobre las cenizas anónimas de miles de víctimas de 21 campos de concentración nazis, únicamente alumbrada por la luz de una llama permanente en recuerdo de su sufrimiento. Una sala que llama a la reflexión personal, «en silencio», decía el Papa, «porque no hay palabras suficientemente fuertes para deplorar la terrible tragedia del Holocausto».

Fue un acto sumamente emotivo. El discurso de Juan Pablo II transmitía un sincero sentimiento. El propio primer ministro israelí, Ehud Barak, agradecía al Papa su esfuerzo «por curar las profundas heridas abiertas durante muchos amargos siglos». Pero, como añadía Barak, es imposible superar de la noche a la mañana el dolor del pasado.

Etapa fundamental

Los sectores ortodoxos del Judaísmo querían que el Papa hubiera dado un paso más, que hubiera concretado en Yad Vashem la petición de perdón por todos los pecados de la Iglesia que el Papa realizó apenas dos semanas antes de iniciar su peregrinación de Tierra Santa. Querían que el Papa hubiera condenado expresamente la posición de silencio y pasividad que, en opinión de los judíos, mantuvo su antecesor Pío XII durante la Segunda Guerra Mundial. Para ellos, el discurso de Juan Pablo II fue decepcionante.

Con todo, no hay duda de que la etapa de ayer fue fundamental para las futuras relaciones entre



HERBERT KMOSOWSKI / AP

Juan Pablo II inclina la cabeza después de rezar una oración en el Memorial del Holocausto.

católicos y judíos. Nunca antes se había producido en Jerusalén una entrevista personal del líder de la Iglesia de Roma con los dos rabinos jefes, el sefardí Elías Bajsi Dorón y el askenazi Israel Lau, de origen polaco y cuyo abuelo fue conocido de Juan Pablo II.

La jornada se inició con una misa privada en el lugar de la Última Cena y una visita al presidente israelí Ezer Weizman y concluyó con un encuentro interreligioso en el hospicio vaticano de Notre Dammé. El Gran Mufti de Jerusalén, líder religioso islámico de la ciudad, el jeque Ikrima Sabri, se negó a asistir al acto en protesta por el apoyo de los rabinos a la ocupación de tierra palestina. En su lugar acudió el responsable de los juzgados religiosos palestinos, Tayser al-Tamir.



RADU SIGHTI / REUTERS

El Papa, con los rabinos jefes askenazi y sefardí de Israel.

De pérfidos a hermanos mayores

A. N. JERUSALEN

«Usted ha hecho más que nadie para propiciar el cambio histórico en la actitud de la Iglesia hacia el mundo judío». Con estas palabras el primer ministro Barak reconocía en Yad Vashem el papel de Juan Pablo II en la reconciliación de la Iglesia Católica con el Judaísmo.

Mucho ha cambiado en los últimos años en esa relación tradicional de enemistad, e incluso de odio, que durante siglos presidió las rela-

ciones entre cristianos y judíos. Todavía no hace mucho, en la celebración del Viernes Santo, se elevaba una plegaria por «los pérfidos judíos».

La visita de Juan Pablo II al memorial del Holocausto ha sido un hito histórico en la superación del silencio de Pío XII. Todavía tendrá que pasar algún tiempo para que se superen todos los recelos. Pero el Papa dejó claro ayer que cristinos y judíos «comparten valores espirituales comunes». Era el mismo que en 1986 visitó la sinagoga de Roma y se refirió a los judíos como «nuestros amados hermanos mayores».

Encuentro después del Holocausto

A. N. JERUSALEN

«Nunca olvidaré lo que el Papa hizo por mí. Vino como un ángel, salió de la nada y me dio vida». Edith Zirer, de 69 años, se lo agradecía ayer personalmente a Juan Pablo II. Ella era una de las supervivientes del Holocausto que saludaban al Pontífice en Yad Vashem. Durante unas horas claves para su memoria, las historias personales de ambos se habían cruzado.

Fue en enero de 1945. Los rusos acababan de liberar Polonia. Edith, que entonces tenía 14 años, yacía exhausta y hambrienta en una abandonada estación de tren. «De repente apareció un cura, vestido de marrón, y me preguntó por qué estaba sentada así. Le expliqué que no tenía fuerzas para hacer nada. Minutos después me trajo té. Era el primer té que bebía en años. Y dos trozos de pan con queso que apenas podía tragar».

«Cuando me recuperé un poco, el sacerdote me preguntó que a dónde quería ir. Le dije que a Cracovia y me dijo que él se dirigía hacia allí. Intentó levantarme y me caí. Recuerdo que era un hombre fuerte. Me cogió y me llevó en brazos unos tres kilómetros a la estación de tren hacia Cracovia. Una de las veces en que nos detuvimos y charlamos me dijo que su nombre era Karol Wojtila y que había nacido en Wadowice». Cuando llegaron a Cracovia, Edith se escondió asustada. Unos judíos con los que se encontró le dijeron que tuviera cuidado con ese cura, que quería convertirla. Nunca pudo darle las gracias. Ayer, no podía contener las lágrimas cuando aquel hombre fuerte, hoy anciano, le estrechaba su mano.

Fue Juan Pablo II quien se acercó en un gesto cargado de significado. No fueron los invitados a Yad Vashem los que desfilaban ante el Pontífice. El Papa se levantó y caminó lentamente hacia ellos en signo de deferencia. Algunos de los que le saludaban eran vecinos de su mismo pueblo.

«Nos sentábamos en el mismo pupitre y yo era muy travieso», recuerda Yosef Bienenstock, tres meses mayor que el Papa. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Wadowice tenía una población de unas 7.000 personas. De los 2.000 judíos que vivían allí antes del estallido de la guerra, sólo unos cientos sobrevivieron al Holocausto nazi. Ahora, una treintena viven en Israel.

Entre ellos, también Roman Krisher, de 80 años, que jugaba al fútbol con el joven Karol. Ayer, en la sala del Memorial, le entregaba una foto del equipo. «Si no supiera que es el Papa, le hablaría como un amigo».